ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

UNA MAGDALENA.

POEMA DRAMATICO.

2.ª EDICION.

CÁDIZ.

F. DE P. JORDAN, EDITOR,
1881.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2514

UNA MAGDALENA.

Estab. Tip. de D. F. de P. Jordan, Enrique de las Marinas, 5, Cádiz.

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

UNA MAGDALENA

POEMA DRAMÁTICO.

2.ª EDICION.

CÁDIZ.

F. DE P. JORDAN, EDITOR,
1881.

721479

ES PROPIEDAD.

A LA ACADEMIA GADITANA

DE CIENCIAS Y ARTES,

en testimonio de admiracion y cariño, su

PRESIDENTE HONORARIO,

Romualdo Alvarez Espino.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unamagdalenapoem00alva

LUGAR DE LA ESCENA.

Pequeño y elegante dormitorio de Magdalena, en un burdel aristocrático.

Lecho lujoso en el ángulo derecho: dos puertas formando tambien ángulo á la izquierda: la del fondo dá al corredor de salida; la del costado á la sala de recepcion y festines de la casa. Del lado acá de esta puerta, una chimenea en que arde un buen fuego con viva llama: y mas aun al proscenio, un espejo de cuerpo. En el fondo, entre los piés de la cama y la puerta, una cómoda, sobre la cual, dentro de una urna, aparece la imágen de Santa María Magdalena, ante la que arde una luz de acéite. En el lado derecho un magnífico ropero, y en primer término un velador con recado de escribir, dos cartas cerradas y un candelabro apagado: junto al velador una pequeña butaca.

—

Al levantarse el telon se oyen carcajadas y voces confusas de hombres y mugeres en la habitacion contígua. Abrese la puerta, por la que entrará cada vez que así suceda, un raudal fuertísimo de luz, y aparece Magdalena elegantísimamente vestida en trage de báile y cargada de flores, lazos y diamantes.

I

No puedo mas!... Estoy muerta!
Dí al placer mi último aliento.
Cuando entra el remordimiento,
Sale el amor por la puerta.
¿Quién, corazon, te despierta
cuando la muerte te alcanza?
¿Será tal vez la venganza?
Venganza!... Con qué provecho,
si las borrascas del pecho
hacen trizas la esperanza!

Venganza!... Qué disparate!
No puedo aceptar sus lazos;
que un corazon en pedazos
ni aun á la venganza late.
Tal debió ser el remate
del torpe vicio infecundo;
desde el abismo profundo
devorar, sin luz ni calma;
la última ilusion del alma;
la última ofensa del mundo!

Para qué tan nécio encanto?
Para qué ilusion tan bella,
si habia de rodar con ella
entre las ondas del llanto?
Si hoy juntase tanto y tanto
como he llegado á gozar,
á enloquecer y á soñar,
habría para dar dulzuras
al mar de mis amarguras,
mucho mas hondo que el mar!

¡Cuanto amante devaneo
y cuanta loca impureza
son grada de la belleza
para subir al deseo!
Llego hasta la cumbre, y veo
que llena el hondo vacío
ronco el huracan bravío,
y cáigo al fin derrumbada
con la carne macerada
y el corazon seco y frío.

Frio!... Mentira!... Aquel volcan
que en la montaña flamea,
y el cielo que centellea,
dentro de mi pecho están!
El cráter y el huracan
son nada en comparacion
de esta desesperacion,
cuyo incendio no colora
mis mejillas, y devora
terrible mi corazon.

Ir trás de torpes antojos
llevando con ánsia loca,
la carcajada en la boca
y la lascivia en los ojos....
Sentir desdenes y enojos
con el amante clamor,
y darme hastío y horror
la virtud y la verdad,
y herirme en la tempestad
este rayo del amor!...

Sarcasmo cruel parece
y traicion de la fortuna,
que hoy ya sin piedad alguna
me castiga y me escarnece.
Cuando mi esperanza crece,
y enamorada me postro,
y al mundo cruel arrostro,
entónces coge atrevida
todo el cieno de mi vida
para lanzármelo al rostro.

Aquí le llevo en el pecho,
grande, abrasador, hirviente;
sus llamas hasta mi mente
suben del abismo estrecho.
Mas hoy que ruge, sospecho
que este amor ardiente y santo
no ha de redimirme, en tanto
que no broten sin sosiego,
por dentro lava de fuego,
por fuera raudal de llanto.

¿Y he de renunciar ahora
á esta ilusion tan querida,
cuando vá á encontrar mi vida
su redencion salvadora?
¡No es posible!... Si le adora
el alma con fuego oculto,
¿no he de perdonar su insulto
por mucho que me lastime?
El hombre que nos redime
mas que amor, merece un culto!

Aunque me abandone impío,
ni lo extraño, ni me ofende:
amor que se compra y vende
llega á producir hastío.
Nació en lugar tan sombrío
la pasion que en mí respira,
que era su vida mentira;
que afecto que el vicio aliente
regenera á quien lo siente,
y avergüenza á quien lo inspira.

¿Quién creyéra que hecho trizas
el corazon corrompido,
llevára amor escondido
en sus fétidas cenizas?
¿Cómo en las inmundas lizas
del placer y el deshonor,
soñar pudiera en rigor
que, ya sin virtud ni calma,
el postrer giron del alma
trajéra envuelto el amor?

Cuando la vida se estrella
contra el huracan que azota
y la esperanza se agota,
brotar suele una centella.
Nuevo volcan prende en ella
y hasta las nubes se lanza,
y la tempestad que avanza
huye por su aliento herida;
y es que renace la vida,
si renace la esperanza.

Muera este amor!... Mas qué digo?
Muera el suyo, aunque es mi vida;
que esta pasion escondida
será mi mayor castigo.
Yo sus torturas bendigo
con profunda gratitud,
pues rompen la esclavitud
del vicio que dá sonrojos,
y abren á la luz mis ojos
y mi pecho á la virtud.

(Suenan gritos y carcajadas en la habitacion contigua.)

Reid, reid desgraciadas:
dad vuestro oprobio al olvido,
y que lleguen á mi oido
vuestras locas carcajadas.
Cuando sintais desgarradas
vuestras almas de placer
y dé la carne en caer,
se alzarán á vuestros ojos,
entre lágrimas y abrojos,
los fantasmas del ayer.

Cuando os gaste el vicio inmundo,
el mundo os dará tranquilo
el hospital y el asilo,
esos sarcasmos del mundo.
¡Bendito este afan profundo
que, aunque cruel me taladre,
no consiente que así cuadre
con ese cieno maldito,
muger á quien el delito
hizo entre sus sombras madre!

Hoy compadezco el error
de esos ciegos corazones,
entre cuyas pulsaciones
nunca están las del amor.
Yo, mas feliz, con ardor
en todo mi ser las siento;
y aunque son crudo tormento
que habré de llevar conmigo,
no importa; yo las bendigo,
que son ellas mi escarmiento.

¿Qué importa la vanidad
de una amorosa esperanza,
si con su virtud me alcanza
la dulce maternidad?
Ya que torpe liviandad
manche á la pobre muger,
la que madre llega á ser
ha de librarse del cieno;
que el ángel que vá en su seno
la purifica al nacer.

Ya me juzgo redimida:
ya ódio mi pasado triste,
cuando siento que en mí existe
un ser á quien dar la vida.
Mi suerte está decidida:
huyo y el deber elijo.
Él me seguirá... de fijo!
Y si me deja?... Adelante:
¿quién sin horror vé á un amante
junto á la cuna de un hijo?

Si las cadenas extrañas
del vicio rompió la madre,
defiéndame contra el padre
el hijo de mis entrañas.
Y si he de sufrir sus sañas,
será que las merecí.
(Enciende las velas del candelabro).
Le escribiré; sepa así
lo que vá á ser de mi suerte:
y si acaso... vida y muerte
llevaré juntas en mí.
(Repara en las cartas que hay sobre el velador.)

II

Mas qué es esto?... Dos cartas!... Es su letra!
Él me escribe?... Es cosa muy estraña!
Detente corazon!... Calma: no daña
el mal que se penetra,
tanto como el placer traidor que engaña.
La ilusion, la esperanza construida
sobre el falso cimiento
de una frase de amor que vá perdida
entre las olas del sensual aliento....
La ventura, la plácida existencia

fundada, con delirio loco y vano,
en la falaz creencia
de hallar la redencion de la conciencia
entre las llamas del amor tirano,
son nécias ilusiones, mas traidoras
y crueles mil veces,
que el cáliz de impurezas roedoras
que, del placer en las menguadas horas,
apuré sin pudor hasta las heces.
Algun dardo hay aquí: algun veneno,
mas mortal todavía que el delito,
se me brinda á beber en este escrito
que, aun guardado, circula ya en mi seno.
¿Porqué tiemblo?... Ya sé que no es el grito
de amor, ni aun de piedad, lo que se encierra
en esta débil hoja
que cruel, pero justo, así me arroja
el hombre solo que adoré en la tierra.
¿No le ví despreciarme?... ¿No le he visto
los celos provocar en que me abraso,
sin cuidar de que sufro ni que existo,
sin ver mi rábia ni mi angustia acaso?
Respeto y lealtad son cosas vanas,

ratándose de infames cortesanas.
Qué dudo?... Concluyamos. (Leyendo)

«Magdalena:
En el alcázar donde Vénus mora
al placer se despiertan los sentidos,
i dura la ilusion mas de una hora,
i tiene el alma para amar latidos.
Correr tras de la imágen seductora
el deleite galante y picaresco,
hallarme con un drama novelesco,
s lance de mal gusto
cuya extravagancia no me ajusto.
Ni se puede fundar ningun derecho
n esas llamas que el placer enciende,
i deja trás de sí nada en el pecho
n amor que se compra y que se vende.»

¡Jesús!... Oh!... Qué vergüenza!
Por la primera vez en roja nube
a sangre hirviente á mis mejillas sube.
Pero dice verdad: nada hay que venza
a ley que rige inexorable al vicio,
que esconde iracunda

trás del placer un hondo precipicio
en el que imbécil la muger se hunda.
Razon tiene. Quien es sacerdotisa
de nefanda deidad libidinosa,
ha de esconder bajo venal sonrisa
su afrenta escandalosa,
y sofocar en largo desvarío
las protestas del alma y del hastío.
Bien está!... Esa es la lógica tremenda
del error, del impúdico delirio:
no es ¡ay! de la virtud solo la senda
la que conduce el alma hasta el martirio.
Tambien el vicio con traidor encanto
arrastra al fondo del dolor sin calma;
que cuando en sombras se revuelve el alma,
siempre la bruma se deshace en llanto.
Ví tu traicion; tu deslealtad horrible;
la sentí cual puñal rasgarme el pecho,
aun creyendo, ¡infeliz!, que era imposible,
que pensáras no mas esto que has hecho.
Está aquí, ¡miserable!, tu torpeza:
dejóle en el papel tu mano impía,
y al tocarla en su bárbara fiereza,

ıe parece mas grande todavía
ue mi propia vileza, tu vileza!
Ya me dás compasion!... ¿Ves, insensato,
omo existe abyeccion mas grande y honda?
or mucha infamia que en mi ser se esconda,
un es mayor la de tu pecho ingrato:
ú, comprador del vicio en alto precio,
yo que lo he vendido, te desprecio!
¿Qué importan tu riqueza y tu hidalguía,
sí manchadas con el lodo inmundo
e una perpétua y repugnante orgía?
i tal bajeza te consiente el mundo,
l cielo encontrará menor la mía.
No me cambio por tí: tengo en mi abono
ıi soledad, mi desdichada suerte,
a injusticia cruel de tu abandono,
l hijo que hácia el Cielo me convierte,
el amor con que airada te perdono.
Vales ménos que yo. Al cielo plugo,
or vengar los agravios que tú hiciste,
la víctima dar, manchada y triste,
nas grandeza y valor que á su verdugo.
Inútil es del mundo el fallo loco;

inútil su sentencia,
tus leyes, tu egoismo, todo es poco
ante el hondo clamor de la conciencia.
Ya lo ves, infeliz: tú, en quién las gentes
aceptan y hasta aplauden el cinismo,
esclavo quedas de tu torpe egoismo;
y yo, que las hallé siempre inclementes,
salgo al fin, aunque herida, del abismo.
Para mí hay redencion: el llanto amargo
mis manchas lavará en olas de fuego,
en tanto que persiste ese letargo
á que el vicio traidor te arrastra ciego!
Y aqueste otro papel... Quién me lo envía?
¿Qué mas puede aguardar mi suerte impía?
(Abre la otra carta y lee.)

III

«Donde es forzoso se absorva
del placer el frenesí,
ya no hay lugar para tí:
tu maternidad estorba.

»Ni ya mi interés se incita,
cuando muestras á las gentes
tus encantos impotentes
y tu belleza marchita.

»Pero una vez que la suerte
te ha enriquecido sin tasa,
busca léjos de esta casa
mejor vida y mejor muerte.»

¡Oh, qué insulto! El Dios que injurio
me comienza á castigar.
¡Huí de mi santo hogar,
y hoy me lanzan del tugurio!

La muger airada y torva
que á arrojarme se propasa,
dice bien: en esta casa
la maternidad estorba.

No es fácil que al cielo cuadre
que en semejante guarida
un ángel venga á la vida
y una muger á ser madre.

Ni yo tampoco transijo
con serlo en tal cieno, nó:
así no he nacido yo,
ni así nacerá mi hijo!

No están bien en casas tales,
donde el diablo hace su oficio,
con los placeres del vicio
los dolores maternales.

Huiré, sí: en distinta esfera
bien y mal tienen su centro:
para el pecado aquí dentro;
para la enmienda allá fuera.

Que estoy marchita!... Que ahora
no soy al negocio buena!..
Es porque el vicio envenena;
es porque el placer devora!
(Se coloca ante el espejo).

Dice bien: ya ese cristal
no refleja transparente
mi pura y serena frente;
mi mirada angelical.

¡Madre de mi dulce amor!
Si me vieras de esta suerte,
volvieran á darte muerte
la vergüenza y el dolor!

Ya se vé la liviandad
dentro del alma intranquila,
y es la luz de mi pupila
rayo de una tempestad.

Ya estoy fea, y es forzoso
en esta vida sin calma,
aunque esté deforme el alma,
que el cuerpo se guarde hermoso.

Como lago en que se imprima
la vista, mas sin ver lo hondo;
con mucho cieno en el fondo
y mucha luz por encima.

Ya no es mi rostro ese lago
que cruza el placer al vuelo;
yo llevo en mi fondo un cielo,
mas por encima el estrago.

Tiene razon: estoy fea:
ese cristal lo asegura.
¡Sombras de mi desventura,
salid, que yo no me vea!
(Apaga las luces.)

¿Y qué importa?.. Oh, Dios! si es esta
hora para mí de luz,
ya voy á tomar mi cruz:
ya estoy al dolor dispuesta.

Mas aguarda; la expiacion
no se adorna con diamantes;
deja que los tire, antes
de empezar mi redencion.

Ni el ser que á la tumba baja
de estas joyas necesita,
ni lleva quién resucita
diamantes en la mortaja.

De estos ricos ornamentos
las luces esplendorosas
llamas fueran pavorosas
de atroces remordimientos.

Hoy las miro con horror
maldiciendo mi afan loco
que vendió al mundo en tan poco
la ventura y el honor.

(Vá despojándose de sus joyas y lanzándolas con supremo desden al suelo).

Cada cual de aquestas perlas
fué precio de un goce impuro:
hoy que del pasado abjuro
espanto me cáusa el verlas.

Sarta de perlas impías,
cuyos diamantinos broches
me acuerdan aquellas noches
de escandalosas orgías,

¡Con cuánta pasion, con cuánta
me las ciñó amor fatal!
¡Debísteis de ser dogal
que apretára mi garganta!

¡Rompan mis manos las trabas
que las dejaron ociosas,
para el vicio licenciosas,
para la virtud esclavas!

¡Caiga tan torpe riqueza
de mi frente y mi justillo;
que dá tentacion su brillo,
y dá su ornato vileza!

¡Joyas que tanto se aman
y á la muger maravillan,
en la frente honrada brillan:
en la criminal infaman!

¡Galas del fausto y la honra,
cuyas vivas luces várias
se truecan en luminarias
que publican la deshonra!

El mundo me las inculpa
hoy que advierte en mí sus huellas,
cuando fué cada cual de ellas
el premio vil de su culpa!

No tiene el mundo razon,
si con tenaz insistencia
le dán caza á la inocencia
la perfidia y la traicion.

Ahí te dejo, mundo nécio,
gran parte de aquel tesoro
en que tasas mi decoro:
¡á él y á tí los desprecio!

Ya, libre de afan prolijo,
huyo del mal y de tí,
llevando dentro de mí
mejor tesoro en mi hijo.

¡Yo te perdono el quebranto
de mi culpa y de mi duelo;
bórrenlos hoy para el Cielo
los raudales de mi llanto!

Voy curada. Mi conciencia
luz inefable traspasa,
y he de salir de esta casa
con trage de penitencia.
(Se envuelve en un ancho manto negro.)

¡Fuera estas flores y lazos!:
¿para qué las galas esas,
si vá la carne en pavesas
y el corazon en pedazos?
(Se repiten las carcajadas).

¿Aun quereis turbar mi calma,
ecos de mi ayer perdido?
¿Es que vienen á mi oido,
ó es que los llevo en el alma? (Risas.)

Vuestro insulto no consiento;
porque en mi angustia suprema,
áun tras del muro, me quema
la bacanal con su aliento! (Risas.)

¡Maldita mi liviandad!
Maldita casa, maldita,
que hasta el cieno que vomita
mancha mi maternidad!

(Abre la puerta de un golpe; las risas se interrumpen, y la luz la inunda completamente, dejando ver su desórden. Se dirige en sus frases al interior.)

Allí está!... ¿Qué el mundo aclame
á un hombre tal por honrado?
Asco dá verlo embriagado
de vicio y lascivia! (Risas). Infame!

Miserable!... El vulgo necio
podrá respetarte en algo:
¿ves lo poco que yo valgo?
pues yo, ¡infeliz! te desprecio!

(Risas. Del interior lanzan una copa que dá en la frente de Magdalena, la cual retrocede y cae de rodillas en medio de la habitacion.)

Ah!... Jesús!... Oh, qué baldon!
Sangre!... Con su copa ha sido!
Y es él, gran Dios, quien me ha herido!
¡Bautismo de redencion!

FIN.